

TÍTULO: De las sutiles relaciones entre literatura y didactismo a propósito de la necesidad de conservar la pluma de oro del pájaro de fuego.

AUTORA: Lic. Vivian Suárez García
Dpto. Educación Preescolar
I.S.P. “Félix Varela”. Villa Clara.

Palabras claves: literatura, didáctica, literatura infantil, Cuba

RESUMEN:

Este trabajo aborda las relaciones entre literatura y didáctica a partir de la creación destinada a los niños y jóvenes, en el mismo se plantea que es un instrumento fecundo en manos de padres, maestros, profesores y promotores de cultura en general; pero es necesario que todos se dispongan a crecer con ella, renovando la curiosidad y el afán de estudio, conociéndola y comprendiéndola.

DESARROLLO:

“El ave se posó en el árbol y, en el instante en que arrancaba una manzana, el joven le disparó una flecha. El pájaro remontó el vuelo; pero la saeta la había rozado y cayó a tierra una pluma de oro. Recogióla el muchacho y, a la mañana siguiente, la entregó al rey, contándole lo que había ocurrido durante la noche.

Convocó el rey a su consejo, y todos los cortesanos estuvieron de acuerdo en que una pluma como aquella valía más que todo el reino.

- Si tanto vale una sola pluma – dijo el rey - , no puedo contentarme con ella: es preciso que tenga el pájaro entero:”

Tomado del cuento “El pájaro de oro” de los hermanos Grimm.

La didáctica es una ciencia relativamente joven, aunque sus orígenes se remontan a la antigüedad, época signada por el quehacer de filósofos que sentaran las bases para el desenvolvimiento posterior de casi todas las ciencias hoy conocidas. Se argumenta que fue

Comenio, pedagogo humanista y filósofo checo, quien sistematizó por primera vez en la historia de la pedagogía, la *didáctica* como una ciencia especial. Sus obras ***Puerta abierta de las lenguas*** (1631) y ***Didáctica Magna*** (1657) ejercieron una gran influencia sobre el desarrollo ulterior de la pedagogía. Si embargo, esta ciencia no se ha desarrollado solamente a través de tratados de pedagogía pura, también la llamada literatura de ficción o literatura artística ha establecido permanentes vasos comunicantes con la llamada ciencia del aprendizaje.

En el siglo XVIII Rosseau da a conocer su *novela Emilio o de la educación* (1762) donde criticó el viejo sistema educativo feudal y abogó por la preparación de ciudadanos activos, que tuvieran en alta estima el trabajo. Durante esta centuria, conocida como “siglo de las luces”, abundan en Francia las obras literarias con intención didáctica al estilo de Madame de Genlis y Arnaldo Berquin, autoproclamado “amigo de los niños”, aunque paradójicamente aquellas obras de intencionado didactismo fueran relegadas al olvido, sobreviviendo, en la memoria y en los estantes de los niños sólo una, que también mucho enseña con todo y no ser más que obra de arte, nos referimos a **La bella y la bestia**, de Mme Leprince de Beaumont.

Mucho más adelante un pedagogo de la talla de A. Makarenko, inscribió, también con ayuda de la ficción, sus postulados pedagógicos acerca de la importancia del colectivo en la formación de niños y jóvenes con problemas conductuales en obras inolvidables para quienes las hayan leído: **Poema Pedagógico y Banderas en las torres**.

Constatamos así la existencia de una posibilidad permanente, consustancial a la buena y verdadera literatura: la posibilidad de educar, de instruir, de formar aún sin proponérselo deliberadamente. Esa virtud fue apreciada por el poeta alemán Goethe cuando apuntó: “Todo lo grande educa”, y se ha mantenido como una constante a lo largo de lo mejor de la serie Literaria Infantil Universal. Bástenos recordar los cuentos de Andersen, o las clarividentes novelas de J.R.R. Tolkien, que reseñan, artísticamente, el enfrentamiento del bien contra el mal, a instancias poéticas de eterna vigencia, en su saga **El señor de los anillos**, recientemente adaptada, con gran éxito, a la pantalla cinematográfica.

Pero una cosa es necesario dejar absolutamente bien definida: la literatura solo educa cuando es tal, es decir, cuando se erige indiscutiblemente como obra de arte. La literatura no puede ser el pretexto para enseñar tal o cual asunto. Ella es; y luego, entonces enseña inevitablemente tal o cual asunto, ya sea por sus valores cognoscitivos, o por su contenido ético, o incluso, por ambos.

Estas sutiles relaciones entre literatura artística y didáctica han sido desvirtuadas, manipuladas, y a veces incomprendidas a lo largo de la historia.

Cuando en 1945 Astrid Lindgren da a conocer su controvertida novela **Pippa Mediaslargas**, la primera actitud del público adulto fue de rechazo, pues se temió la reacción de niños y maestros frente a una heroína que solo visitara una vez la escuela, bastante catastrófica, por cierto, y que viviera sin control adulto en una vieja casona, acompañada solo por un mono y un caballo. El carácter terapéutico y los valores éticos de la obra se impusieron, sin embargo, poco después, convirtiéndose en un clásico de la literatura infanto-juvenil del siglo XX.

¿Cuáles son entonces las “Bondades” de la literatura de las que se vale un maestro bien preparado para instruir a sus educandos en el conocimiento o en la formación de determinados valores?

Alfonso Reyes habla de un triple valor del lenguaje que determina “el misterio lírico de la literatura”:

1. De sintaxis en la construcción, y de sentido en los vocablos.
2. De ritmo en las frases y períodos, y de sonido en las sílabas.
3. De emoción.

El producto que se obtiene cuando un escritor logra “fragar” estos tres valores del lenguaje en un poema, texto narrativo o texto dramático, es arte, y el arte comunica, transmite amor y respeto hacia la belleza. Es belleza en sí mismo. Cuando una obra literaria aparentemente no enseña nada, si está construida con arreglo a las leyes de la belleza es ilimitada en sus posibilidades educativas, porque estará mostrando, entre otras cosas, un paradigma estético que es digno de imitar por su contenido, por su forma, o por ambos.

Ahora bien, ¿cómo educa la literatura que no persigue un fin didáctico evidente?

Las fábulas llevan “a flor de piel” una enseñanza ética o pragmática que generalmente se resume en la moraleja explícita al final del texto. Por supuesto, este contenido didáctico ha ido cambiando a lo largo de la historia, porque cambian también la moral y las aspiraciones de la humanidad. **El Panchatantra** se escribió para aleccionar a los hijos de los príncipes y miembros de la casta aristocrática indú que debían ejercer la dominación sobre otras clases sociales. En esta obra se enseña a gobernar con sabiduría y con eficacia valiéndose de métodos y principios que hoy no podemos considerar como éticamente valederos.

Desde la remota antigüedad hasta nuestros días las fábulas constituyen textos de evidente intención didáctica, que generalmente se han utilizado ex profeso en la instrucción escolar, incluso abundan en los libros de texto aunque no siempre hayan sido escritas para los niños.

Sin embargo, los poetas no solo se valen de la fábula para transmitir sus mensajes, para corporizar sus ideales y sentimientos.

Tomando como ejemplo la poesía, podría decirse que hay textos de “pura” intención artística que “aparentemente” nada enseñan. En este caso se encuentran algunos poemas de Aramis Quintero, poeta y narrador matancero nacido en 1948, que integran su transgresor poemario “**Fábulas y Estampas**”. Premio U.N.E.A.C. “Ismaelillo” de poesía para niños en 1982.

Veamos un ejemplo:

Luna

La luna subió al cielo
Como una flor de abril.
A un cielo pensativo
Y gentil.

Y sobre un campanario
-delgada flor de lis –
rodando fue la bola

de marfil.

Algún poeta dijo,
Mirando un cielo así:
“la luna como un punto
sobre una i”

Este poema nos transmite la imagen de un pasaje nocturno ciudadano. A través de símiles, personificaciones y metáforas, el poeta estimula la imaginación infantil. De noche, la luna blanca como “bola de marfil”, asciende a lo alto del cielo. Presumiblemente es una luna llena, presumiblemente también estamos en presencia de una de esas noches de la primavera cubana, diáfana, nítida y de esplendor apacible. Paseando por la ciudad, si se mira desde cierto ángulo, la luna, al “ubicarse:” sobre la cúpula alta y delgada del campanario de una vieja iglesia puede igualarse al punto, signo ortográfico, que colocamos sobre la (i) latina.

Es un poema extremadamente sencillo. Consta de apenas tres estrofas de cuatro versos cada una. Los tres primeros versos son heptasílabos (7 a.m.) y el último un pie quebrado tetrasílabo (4 a.m.)

¿Qué puede enseñar este poema? Aparentemente nada. Sin embargo, es extraordinariamente útil en el desarrollo de la fantasía y la sensibilidad. Enseña a ver. Puede contribuir al desarrollo de una nueva capacidad para observar las cosas, supuestamente intrascendentes, que día a día conforman nuestra cotidianidad. Constituye también por su estructura armónica y regular, por su lenguaje sencillo, pero elegante, un paradigma de buen gusto, que subrepticamente trabaja en aras del desarrollo de las potencialidades sensitivas del lector.

Otro ejemplo parecido podemos extraer de **Palomar**, poemario de Dora Alonso, publicado por la Editorial Gente Nueva en 1989. Su título es **Tinaja**.

En la tinaja de barro,
en la redonda tinaja,
¡Clin!
¡Clon!

La gota de agua.

Un pianito de cristal,
una gota mal criada,
un agüita musical,
¡Clin!
¡Clon!

Cantando en la madrugada.

En apenas dos estrofas Dora Alonso ha sabido recrear con el uso de los sonidos onomatopéyicos ¡Clin! ¡Clon!, la personificación y la metáfora, el encanto, antes imperceptible, del sonido musical que produce el agua al caer gota a gota en una tinaja de barro. En una de esas tinajas sencillas; pero bellas, que todavía podemos encontrar en algunas cocinas cubanas.

Si en el caso anterior se nos exhortaba a mirar de otra manera en este se nos estimula el sentido auditivo, se nos enseña a escuchar la nitidez, la claridad, la musicalidad del agua. Aparentemente es poco, pero puede ser mucho. Puede verse como un elemento caracterizador de la identidad, de la pertenencia a un mundo, a una cultura, a una nación. Puede verse, incluso, como un signo de autenticidad y, por qué no, de cubanía. Y mucho más podemos decir a favor de este texto: que linda con el misterio, que crea una atmósfera favorable al silencio, al recogimiento, a la meditación, que estimula la afinación de los sentidos, que nos revela otras posibilidades del agua, la posibilidad de ser *malcriada* como un niño, de ser *cantarina* como un ave, de ser en fin, ese elemento de la naturaleza tan digno de protección como de reverencia.

Textos de este tipo, de acendrado lirismo, abundan en casi todos los poemarios de la poesía cubana para niños, debidos a los autores antes citados o de otros tan insignes como Mirta Aguirre, Exilia Saldaña, David Chericián, Eliseo Diego, Rafaela Chacón Nardi, etc., y, sin embargo, no siempre son valorados con justicia, ni empleados con efectividad en el desempeño de la instrucción escolar curricular o extracurricular.

La literatura infantil cubana de las últimas décadas, surgida como resultado del quehacer de una pléyade de jóvenes escritores, nacidos y formados con la revolución, es heredera de una tradición literaria que arranca con la colonia; a la lumbre de obras fundacionales como **La**

Edad de oro, de José Martí; se fortalece en la seudorrepública – a tenor de la despreocupación de los gobiernos títeres de turno por la formación de la infancia y de la juventud –, e irrumpe en los años posteriores al triunfo del primero de enero de 1959 con renovada fuerza creativa.

Atrás quedaron los años del relato lineal y la sensiblería ramplona. Hoy los niños son tratados con verdadero respeto. Se les ofrecen obras a cuya construcción definitiva también ellos pueden contribuir. Se desacralizan entidades antes inamovibles en el ámbito de la narrativa, se les estimula al juego, a una especie de nueva complicidad con el autor que los convierte en coautores de la creación artística. La actual narrativa infantil y juvenil cubana proclama sus derechos a participar de la estética del posmodernismo, con sus débitos a la intertextualidad y sus transgresiones de los moldes tradicionales y rutinarios en cuanto a géneros, contenidos, lenguaje y personajes.

Lo anteriormente expresado no solo es válido para la narrativa, género tradicionalmente preferido por los lectores pequeños, también la poesía participa de esta cruzada renovadora incorporando nuevas temáticas, vertiéndose en moldes nunca antes utilizados para conformar el poema, enriqueciéndose con el empleo del verso libre y estrechando sus vínculos con otras zonas del arte como la pintura y el cine, por solo citar dos ejemplos.

¿Significa esto un empobrecimiento de las posibilidades educativas, en su más amplio sentido, de la literatura para niños y jóvenes? Todo lo contrario. Significa un enriquecimiento, un desbordamiento tal vez de estas posibilidades; pero significa también que el maestro, el profesor, deben elevar su nivel cultural y científico, porque para promover la lectura de estos libros se necesita más cultura y más orientación especializada.

Estos nuevos libros para niños, escritos a finales del siglo pasado o en los tres primeros años del presente, poseen un creciente potencial didáctico. En ellos se inculca el amor a la verdad, al conocimiento y a la belleza. Las reglas del juego han cambiado y ningún escritor inicia sus obras con la socorrida frase: *Había una vez*. Ahora los sombreros cuentan su vida, las brujas pueden ser buenas y relatarnos tiernas historias de amor o desamor, las niñas son al estilo de Pippa mucho más libres y complicadas. Los versos no siempre riman, ni miden necesariamente ocho sílabas métricas, pero, ¿a qué extrañarnos? ¿El mundo no cambia

también constantemente? ¿No cambia el ser humano que estamos contribuyendo a formar con esos libros?

En sus proyecciones actuales, la literatura para niños y jóvenes puede continuar siendo un instrumento fecundo en manos de padres, maestros, profesores y promotores de cultura en general; pero es necesario que todos nos dispongamos a crecer con ella, renovando nuestra curiosidad y afán de estudio, conociéndola y comprendiéndola, porque de lo contrario, la pluma de oro puede pasar inadvertida y el pájaro de fuego convertirse en inservible piedra de carbón.

Literatura Consultada

- 1- Alonso, Dora. Palomar. Editorial Gente Nueva. La Habana 1989.
- 2- Grimm, Hermanos. Cuentos. Editorial Gente Nueva. La Habana , 2001.
- 3- Hazard, Paul. Los libros, los niños y los hombres. Editorial Gente Nueva. La Habana 1989
- 4- Hernández Barrios, Mildre. Memorias de un sombrero. Editorial Capiro. Santa Clara 2003.
- 5- Hernández Barrios, Mildre. Noticias de brujas. Editorial Abril. La Habana 2003.
- 6- Lindgren, Astrid. Pippa medias Largas. Editorial Gente Nueva. La Habana 1986.
- 7- Mesa Fernández, Boris. Mónica caída del cielo. Editorial Capiro, Santa Clara 2002.
- 8- Quintero, Aramis. Fábulas y Estampas. UNEAC. La Habana 1987.
- 9- Reyes Alfonso. Ensayos. Editorial Casa de las Américas. La Habana 1972.
- 10- Rosental y Ludin. Diccionario Filosófico. Editora Política. La Habana 1981.